

---

## Reseñas

ROSALÍA WINOCUR (coord.), *Algunos enfoques metodológicos para estudiar la cultura política en México*, México, IFE/FLACSO/Porrúa, 2002, 127 pp.

JULIA ISABEL FLORES\*

*Algunos enfoques metodológicos para estudiar la cultura política en México* de Rosalía Winocur, Esteban Krotz, Rubén Hernández y Ángela Giglia viene a alimentar el pluralismo metodológico en la ciencia política y en los estudios políticos. Se encuentran representadas aquí metodologías interpretativas y metodologías de análisis cuantitativo que provienen de diferentes tradiciones intelectuales y de investigación. Las voces de sus autores despliegan diferentes formas de teorizar, distintas clases de teorías y diversas experiencias de investigación.

Este libro obliga a sus lectores a hacer un esfuerzo intelectual e imaginativo para interpretar, y no rechazar meramente como extraños, los puntos de vista, argumentos e iluminaciones que otras tradiciones intelectuales, conceptos y enfoques personales tienen que ofrecer.

Los estudios políticos y de la cultura política están menos familiarizados con los derivados de otras áreas de investigación como la antropología, la psicología social o la lingüística. Al incorporar elementos de estas disciplinas, el libro plantea un reto a los presupuestos implícitos en el discurso tradicional que tienden a marginar y desplazar a otras formas de observar el mundo de lo político.

Más que revisar los capítulos en una forma que sería redundante, he escogido comentar lo que veo como el propósito detrás de este libro y el recuento de sus logros al desarrollar enfoques metodológicos y aplicarlos a problemas sustantivos para el análisis de la política.

La preocupación en los temas y métodos indica una voluntad y esfuerzos por repensar lo político, dirigir las técnicas hacia la multidisciplinariedad en los métodos y la investigación de nuevas áreas, todo ello presentado no sólo para especialistas, sino puesto al alcance de nuevas y más amplias audiencias. Los estudiosos y el público podrán aprovechar estas estrategias y técnicas de interpretación.

\* Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Los propósitos de la investigación y la relación entre el sujeto y el objeto del análisis son temas continuos que se tratan en el libro. Se abunda sobre métodos interpretativos que hasta hoy están subdesarrollados o subutilizados en la investigación de la cultura política en México. Se extiende así la noción de lo que constituye una fuente de investigación.

En forma amplia, la metodología interpretativa nos recuerda que la ciencia social es conducida a través del lenguaje y que el lenguaje no es una ventana transparente o un hecho. Ni las formulaciones cuantitativas ni las redefiniciones en términos de neutralidad de valores permiten a la ciencia política o a los estudios convencionales de narrativas volverse extra-discursivos. Por estas razones, la ciencia política requiere técnicas de análisis interpretativas, así como incorporar y desarrollar avances de la semiótica y la lingüística.

La politización de un nuevo grupo de temas hubiera sido ininteligible hace apenas algunos años; temas como la identidad, la confianza, la imbricación entre lo político y lo judicial, hoy se encuentran en el corazón del estudio de la cultura política. Anteriormente, los temas eran políticos o no, y no existía un movimiento activo para cambiar esas fronteras. Leer políticamente una realidad es hoy el propósito de los nuevos movimientos en la investigación con implicaciones no sólo académicas, sino también políticas.

Durante las décadas pasadas, la lectura se convirtió en una metáfora-raíz para muchas de las actividades políticas, sociales y culturales. Leemos imágenes, lenguajes corporales, cualquier cosa que tenga un significado. La visión de lo social y del mundo político está esperando también una lectura interpretativa por parte de los participantes, espectadores e investigadores. En el capítulo dedicado a analizar las posibilidades y alcances de las técnicas antropológicas para el estudio de la cultura política, Rosalía Winocur y Ángela Giglia nos muestran, en toda su riqueza, nuevas posibilidades para leer políticamente una realidad.

La política no está fijada en algunos objetos y ausente de otros, sino que siempre es una cuestión sujeta a interpretación. La perspectiva del hombre autoorganizado permite leer lo político en fenómenos aparentemente triviales. Así, este libro permite apreciar qué tanto se han movido las fronteras de lo que se consideraba como lo político y también los movimientos dentro de la propia disciplina.

Ensanchar las fronteras del pensamiento político, no significa revertir, sino reformular ciertas dicotomías. Estos enfoques reconocen que la política no es natural, homogénea o que su presencia está determinada en las instituciones de poder. Los métodos interpretativos entienden la política históricamente, en su potencialidad específica. Pero leer situaciones políticamente no es lo mismo que aplicar un método, que necesariamente requiere de artesanía, habilidad e imaginación, así como recurrir al uso de diversas herramientas para la interpretación y de varias interpretaciones de lo político. De esta artesanía intelectual tenemos una muestra excelente en el trabajo de Winocur y Giglia, en los numerosos ejemplos de experiencias de investigación.

En este libro se presentan metodologías de investigación de nueva aplicación en el análisis de la cultura política. El calificativo de nuevo, aplicado a la metodología

significa su ubicación en la era de los *post-* del positivismo al posmodernismo, esto es, el reconocimiento de la naturaleza general e inevitablemente interpretativa de cualquier forma de investigación, ya sea guiada o no por un método explícito.

Hoy, una de las formas de escapar de las camisas de fuerza metodológicas, impuestas durante varios años al estudio de la cultura política, es la aceptación de un sincretismo o pluralidad en los métodos, no sólo como legítimo, sino también como necesario. Es decir, el pluralismo en relación con el método no es una opción epistemológica ingenua, fuera de los procedimientos rigurosos de la investigación, sino que se deriva de la multidimensionalidad del objeto. Se relaciona con la pluralidad en el nivel de experiencias vividas, con la fragmentación de la vida social, que genera diferentes formas de ver las cosas y, por lo tanto, diversas construcciones del objeto.

En este sentido, el problema del método en sí mismo, tendría que ser problematizado; sería más apropiado pensar, con Thompson,<sup>1</sup> el marco metodológico como una plataforma intelectual para los movimientos del pensamiento, más que como un juego fijo de principios y directivas. Incluso, podría uno ir más allá y pensar que no puede existir un método formulado *a priori* en abstracción del objeto que se va a estudiar.

Tiene que existir una interrelación entre la interpretación, la comprensión y la aplicación de un método como un proceso que medie entre el pasado, el presente y el futuro, el investigador y el objeto, las preguntas y las respuestas, la verdad y el método. La búsqueda del sentido, la búsqueda de lo político, tendrá que rechazar el esencialismo en favor de la multidimensionalidad y de una preocupación por la constitución del objeto, o, como señaló Foucault: "Siempre hay múltiples capas o superficies de las cuales dar cuenta, pero ninguna de ellas tiene la última palabra".<sup>2</sup>

De ello se deriva una conclusión: los métodos de investigación no se sustituyen unos a otros, más bien se apoyan y complementan, ya que no todas las técnicas y métodos sirven para el mismo propósito. Así, el trabajo de Rubén Hernández aborda, a través de una explicación sencilla, que no simple, técnicas estadísticas aplicadas a los procesos electorales. Muestra el gran avance que en pocos años ha alcanzado el análisis cuantitativo en este campo y que ha contribuido a crear una cultura de las encuestas, ausente hasta hace muy poco tiempo en el país.

En fin, una nueva metodología tendrá que ser capaz de dar cuenta, en un enfoque autorreflexivo, de las condiciones de su propia posibilidad y de su práctica. Así, el trabajo de Esteban Krotz constituye una brillante reflexión y balance sobre el desarrollo de los estudios de la cultura política en México.

Ha sido un privilegio comentar este libro, felicito a sus autores y al Instituto Federal Electoral por su contribución a la difusión y análisis de la cultura política en México; y a ustedes, sus posibles lectores, les recomiendo ampliamente su lectura.

<sup>1</sup> J. B. Thompson, *Ideology and Modern Culture*, Cambridge, Polity, 1990.

<sup>2</sup> Paul Rabinow (ed.), *The Foucault Reader*, Nueva York, Pantheon, 1986.

MAURICIO DE MARIA Y CAMPOS Y GEORGINA SÁNCHEZ (eds.), *¿Estamos Unidos Mexicanos? Los límites de la cohesión social en México. Informe de la Sección Mexicana del Club de Roma*, México, Planeta, 2001 (Temas de Hoy), 596 pp.

JOSEPH HODARA\*

En la presentación de este abultado volumen, uno de los compiladores de las 24 monografías que lo componen explica que en 1998, con ocasión de la Conferencia del Club de Roma celebrada en Quito, surgió el interés de trasladar a México las interrogantes planteadas por Peter Berger en torno a la cohesión social en un estudio que pasó revista a once casos nacionales. Más que abordar las convergencias y la calidad de la identidad colectiva, el trabajo comparativo de Berger puso acento en los conflictos y en las distancias sociales que descomponen o lastiman la cohesión como valor y necesidad funcional. Circunstancia que suscitó en particular la exploración de la Sección Mexicana de este club en el caso nacional, ignorado por Berger. Remediar este vacío es el propósito central del texto que aquí se reseña.

El intento de la Sección Mexicana del Club de Roma inteligentemente dirigida por De María y Campos contó con el apoyo entusiasta del Centro Tepoztlán, que desde hace 22 años viene ventilando con acierto los grandes problemas del país.

Dos preguntas intranquilizan a los editores: una, ¿existen características comunes en la configuración de estas divergencias en el interior de los países ocasionadas por la apertura externa y la globalización? Y la otra, ¿qué instituciones absorben o polarizan estos conflictos y cuáles son los factores capaces de mediar y arbitrar los desencuentros? Estas cuestiones generales condujeron a De María y Campos y a Sánchez a profundizar en la circunstancia mexicana, particularmente en hechos comprobados como la pobreza extendida, la exclusión social, la segmentación estructural, la cultura de la impunidad y la corrupción generalizada como elementos que estarían fracturando la vertebración colectiva del país. Aseguran con buenas razones que estos factores no sólo distorsionan la estructuración cultural mexicana (de aquí el título ambivalente y provocador del texto). Ponen en tela de juicio la viabilidad del conjunto nacional en un horizonte dominado por la desregulación y ruptura de los mercados internos, por el énfasis desmesurado en las prioridades estabilizadoras, y, en fin, por el aventurado supuesto de que el libre comercio traerá a largo plazo el desarrollo nacional que no a la inversa.

Estas preocupaciones son subrayadas por Sánchez en la primera monografía, de carácter metodológico. Y se reiteran (las repeticiones constituyen el defecto básico de este volumen) en el epílogo. En su opinión, la cohesión es un valor en sí mismo. Predicamento durkheimiano que mancomuna a casi todos los autores participantes. Se trata de fortalecer una conciencia colectiva que se ha ido evaporando en las últimas décadas en la medida en que factores reales y cuasi-religiosos como el estado corporativo, el presidencialismo, la ontología del "ser mexicano", el flexible mono-

\* Bar Ilan University, Israel / El Colegio de México.

polio priista del poder y la estabilidad sistémica perdieron pie o legitimidad. Por supuesto hay que añadir que el nacionalismo —casi siempre más reactivo que edificante— y el repudio verbal y simbólico a la “cultura gringa” aportaron a las dimensiones de la cohesión, otra variable que se ha debilitado por obra de la privatización y de la extranjerización inducidas por la asimilación acrítica del “consenso de Washington”.

El nivel de las aportaciones al tema es desigual. No parece acertado señalar autores que se limitaron a un superficial análisis de los múltiples aspectos de la cohesión. Sin desmerecer a otros cabe, sin embargo, distinguir las monografías de Raúl Benítez Manaut sobre las fuerzas militares, de Carlos Ornelas en torno a la educación, de Cordera y Palacios que aluden a la marginalidad social, de Pablo Wong González, quien se refiere a las desigualdades regionales, y de Víctor L. Urquidí que aborda las carencias de la evolución económica reciente y sus efectos en el reparto desigual del ingreso y de las oportunidades. Tal vez un guión mejor articulado y pulido habría mejorado la índole y la calidad de las contribuciones. Aparentemente, los compiladores debieron trabajar con prisa a fin de ajustarse a los primeros gambitos de la presente transición mexicana.

En términos generales, los autores coinciden en indicar que la cohesión social, entendida como suma aritmética de convergencias, se ha debilitado significativamente en las décadas recientes. Las redes y factores de mediación y negociación se han agrietado. Se difunden la atomización y el individualismo en parte como incorporación de valores occidentales, y en parte como mecanismos de sobrevivencia al fallar los soportes primarios e institucionales de solidaridad. El grito (con mayúscula y con minúsculas) ya no es funcional, sea por el quiebre de la fe nacionalista, sea por la represión sutil de los medios de comunicación (asunto que Rossana Fuentes Berain encara con acierto).

Esta tendencia se ampliará en el futuro. De momento, la “transición mexicana” se destaca más por el relieve que se le otorga a la retirada del PRI —muy relativa por cierto si se consideran algunas alianzas estratégicas interpartidarias y elitistas— que por sus efectos reales en la democratización y en la capacidad de maniobra interna e internacional del país. Un dinamismo insuficiente (véanse los análisis de CEPAL y en particular el informe sobre México 2001) impide el crecimiento importante del tamaño de la economía mexicana (apenas se duplicó en los últimos 20 años con un decremento significativo del ingreso por habitante, en contraste con los países del sudeste asiático que se triplicó con holgura, sin considerar el caso especial de China que se multiplicó por siete, con modesta expansión demográfica). Y las cifras que suministra el INEGI no dan lugar al optimismo: los asalariados sin prestaciones representan algo más de un quinto de la población activa y 72% de los ocupados prestan servicios en miniempresas (de 1 a 5 trabajadores) que carecen de acceso al crédito y al aprendizaje tecnológico. No debe sorprender que el empleo informal absorba entre 40% y la mitad de la fuerza laboral.

En estas penosas circunstancias las incertidumbres se reproducen trayendo consigo un darwinismo social profesado más por los hechos que por alguna ideología. Acaso esta conclusión debió merecer un análisis explícito.

Sin embargo, esta obra en conjunto es un significativo aporte a la condición social mexicana que hoy debe reconstruirse considerando los efectos ambivalentes de la globalización y la consiguiente despolitización (o tal vez mejor: desnacionalización) de la economía.

SILVIA GÓMEZ TAGLE Y MARÍA EUGENIA VALDÉS (coords.), *La geografía del poder y las elecciones en México*, México, IFE/Plaza y Valdés, 2000, 316 pp.

ALEJANDRO JUÁREZ\*

Las investigaciones aquí descritas explican, de manera general, parte de la relación existente entre algunos aspectos socioeconómicos y los resultados electorales de la población que vive en un espacio geográfico determinado, considerando que también es importante ir más allá de esa relación y buscar otras determinantes del comportamiento político.

En México, desde finales de la década de 1980, el sistema electoral ha cambiado: la manera de organizar las elecciones e influir en ellas, el modo en que las votaciones se transforman en escaños. La forma en que influye la ley en el comportamiento de los partidos políticos y los fenómenos sociales, económicos y hasta geográficos, que se suscitan han despertado el interés de muchas personas por saber cómo se distribuyen los votos en los diferentes espacios y sobre todo conocer qué otros factores influyen en su distribución.

Entre los diversos temas estudiados por académicos y servidores públicos existe uno de gran importancia y que no ha sido analizado de manera profunda, ya sea por falta de datos o porque antes de 1988 no había la liberalización —ni, por lo tanto, interés en el estudio de la distribución de los votos—, que empieza a partir del cuestionamiento al sistema electoral y su forma de legitimarse. Tal tema es el de la *geografía electoral*, que es definida como una rama de la ciencia política que estudia la distribución territorial de los sufragios, bajo el supuesto de que dicha distribución esconde, y a la vez revela, pautas sociodemográficas de distribución de las preferencias electorales.

Los autores participantes en este trabajo colectivo encuentran diversas formas de relación de las características socioeconómicas de la población y la preferencia partidaria de los votantes. Los elementos estudiados revelan que en las zonas donde existe mayor rezago social es más difícil realizar los procesos electorales; las zonas que tienen un mayor nivel de marginación de alguna manera siempre encuentran cobijo en aquellos partidos de tipo “clientelistas”. Así pues, me parece de fundamental importancia el presentar de manera sintética el estudio de varias entidades realizadas en este trabajo colectivo.

\* Becario de investigación, Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.

Silvia Gómez Tagle en su artículo “De política, geografía y elecciones”, trata de analizar la utilidad de la geografía para el caso concreto de México y partiendo del supuesto de que las diferencias de una región a otra son —si no determinantes— de gran importancia para explicar en parte las actuales preferencias electorales, y para tener una perspectiva de las tendencias electorales a futuro. Intenta vincular la geografía electoral con la política, entendida como el proceso de toma de decisiones, donde los electores interactúan con las instituciones, participan en los arreglos y participan dentro del poder (p. 18).

La geografía electoral ayuda a describir el reparto de los votos en el ámbito de un territorio, y a determinar las fuerzas de las distintas organizaciones partidistas, permitiendo así realizar estudios comparativos del comportamiento electoral. Es importante no perder de vista qué es lo que influye para que los resultados electorales se den de una forma y no de otra. Una primera respuesta podría ser que se encuentran plenamente vinculados con las estructuras de poder existentes, de la cultura, de las organizaciones sociales, de los partidos políticos y hasta de la delimitación territorial.

El estudio muestra que en las elecciones se observan tendencias recurrentes con características socioeconómicas diferenciadas y que los votos de cada uno de los partidos tienen gran relación con las características socioeconómicas de la demarcación.

En el caso del estado de Guerrero, María Eugenia Valdés parte de preguntas fundamentales como: ¿por qué votan las personas *de la forma en que* lo hacen?, ¿qué factores socioeconómicos son los más influyentes para inclinar la preferencia de los ciudadanos hacia determinado partido?, y si la participación política de los gobernados que se expresa mediante el voto puede ser el resultado mecánico de la manera en que se desarrolla su vida material o influyen otros factores de manera determinante.

Valdés hace un análisis del desarrollo de los partidos y de las elecciones en el estado de Guerrero durante la década de 1990, partiendo de la información de las elecciones locales correspondientes. Identifica y describe, a partir de los datos analizados, el reparto regional de las fuerzas partidarias y señala la evolución y el cambio dentro de las tendencias políticas de los electores. A través del estudio del espacio geográfico (sea un municipio, distrito o sección) y del espacio físico (antecedentes y consecuencias de la división geográfica) ofrece respuestas para analizar el comportamiento de los ciudadanos, destacando que “las características fisiográficas de una región pueden haber facilitado la constitución de determinadas estructuras de poder a lo largo de la historia” (p. 100). En cada una de las regiones se toma en cuenta la situación geográfica, la extensión territorial, el tamaño de la población, el tipo de clima predominante, así como las localidades más importantes, ya sea por su posición ante el comercio o por ser vía de acceso a lugares importantes.

El concepto fundamental para la investigación es el de marginación, que se mide a partir de la información censal para captar las cuatro dimensiones de exclusión social: condiciones de vivienda, nivel de educación, nivel de ingresos monetarios y ubicación geográfica de la población. Valdés busca definir qué tipo de relación existe entre la marginación de un espacio geográfico determinado y el nivel de votación en dicho espacio.

El estudio concluye que los resultados electorales no pueden ser determinados con base en el nivel de marginación, pero que ésta tiene una relación muy importante con el número de votos que obtiene cada partido. Es necesario poner atención en factores como: cultura política, control clerical, cambio en el comportamiento electoral, fracturas dentro de los diversos partidos, entre otros.

En su estudio, Jaime Preciado, Jorge Alonso y Ángel Florido buscan identificar el impacto regional de los programas de combate a la pobreza en el estado de Jalisco y de qué manera influyen en el resultado electoral. Estudian las relaciones sociales que se desarrollan en lo espacial (región, municipio, localidad), para delimitar las características de la geografía política de la pobreza. Identifican tres tipos de regiones: 1) *pivotal*, autoconstruidas a partir de las identidades locales; 2) *asociativas*, que se configuran de manera voluntarista a partir de consensos entre la sociedad y el gobierno para la gestión de recursos; 3) *virtuales*, en las que se establecen relaciones productivas y de intercambio tecnológico e informático.

Los autores analizan las elecciones locales y federales en los distintos niveles geográficos (municipio, distrito), así como la relación entre pobreza y voto, ya que los programas de combate a la pobreza y el gasto público se encuentran muy relacionados con la influencia del PRI sobre los votantes.

Para Ernesto Hernández y María Magdalena Pérez, el objetivo central de su investigación es analizar la dinámica de las estructuras de poder, donde los sujetos sociales no sólo son individuos sino que se encuentran inmersos en las instituciones, arreglos legales, estructura de acción, de poder y de significado. Toman en cuenta el proceso de construcción histórica, sus organizaciones, el tipo de participación, el desempeño institucional, los arreglos políticos, sus conflictos y las áreas de influencia. Plantean que “en la medida en que se han diversificado las regiones sinaloenses se ha favorecido una mayor competencia partidaria deviniendo en experiencias de alternancia, nuevos tipos de arreglo y cambios en las formas de construcción de poder” (pp. 161-162). Buscan una relación con las elecciones locales para establecer los condicionantes que pudieran influir en el comportamiento del voto y el tipo de representación política en el estado.

La división por regiones para el caso de Sinaloa resulta interesante, ya que en la medida en que se estudia cada uno de los municipios con base en su potencial económico, se comprende la gran volatilidad del voto, especialmente en los centros urbanos de la entidad, y es que en ese estado se vive un proceso de realineación electoral que ha modificado la estructura del poder regional y el surgimiento de nuevos actores e intermediarios políticos.

De acuerdo con la identificación de las *regiones políticas* del estado, Hernández y Pérez sostienen que en cada subregión se han dado dinámicas diferentes, es decir, las redes económicas, sociales y políticas convencionales se interrelacionan, y ello amplía la visión de los espacios político-electorales. A través del análisis de las regiones observan algunos cambios en la entidad. Con la incorporación de personas empresariales hay cambios en la estructura política de la entidad; y es que la participación de empresarios en la política propició un bipartidismo PRI-PAN, ya que el resto de los partidos, salvo el PRD, no alcanzaban 1.5% de la votación; sin embargo, a partir

de 1990 el PRD comienza a ganar 10% en municipios, sobre todo en municipios de tipo rural, y para 1995 hay un tripartidismo.

La influencia de las condiciones sociales en la fuerza electoral relativa a los diferentes partidos políticos deja ver que cada uno de los principales partidos políticos tiene su área de influencia, dependiendo de las zonas socioeconómicas de las que se trate.

Héctor Tejera, en su estudio "Estrategias de campaña, demandas ciudadanas y geografía electoral", destaca la importancia del estudio de la geografía electoral debido al surgimiento de nuevas relaciones entre el comportamiento electoral y las variables de carácter económico y político. El comportamiento electoral depende en un alto grado de las condiciones sociodemográficas, pero aún falta profundizar en el contexto socioeconómico y político en el cual se inscribe un determinado proceso, así como los contenidos culturales que inciden en las relaciones y percepciones políticas. Es por eso que Tejera realiza un análisis de la incidencia de las campañas de diputados federales y locales sobre el comportamiento del ciudadano frente a las elecciones, y sostiene que la posibilidad de incidir en el resultado electoral a partir de las campañas políticas depende de factores diversos como:

1) Cobertura territorial. Se refiere a la campaña realizada y los resultados en determinada demarcación; sostiene que dicha cobertura tiene poca incidencia en la ciudadanía y, en cuanto territorio, es poco significativa.

2) Eficacia de la estrategia proselitista. Las prácticas proselitistas están perdiendo su eficacia, sobre todo en el medio urbano, donde el contexto económico y político, combinado con una mayor confianza en el carácter secreto del voto, parece haber debilitado el control que puede ejercerse sobre el comportamiento electoral. Sin embargo, en cuanto al número de demandas, se destaca que hay una relación positiva entre su solución y el incremento de votación para determinado partido.

3) Presencia, organización y disciplina de las redes políticas en los distritos electorales. Muestra claramente que entre mayor y mejor sea una estructura territorial, el candidato puede efectuar un mayor número de actividades proselitistas, así como diversificar las estrategias utilizadas.

Una vez estudiadas las estrategias de los diferentes partidos, se puede ver que la fuerza o debilidad de un partido se debe a sus relaciones con los diversos sectores. Cuando dichas relaciones no existen, el comportamiento electoral parece estar relacionado con *imaginarios sociales* (carisma y potencialidades para resolver los problemas más generales). Finalmente, Tejera afirma que las prácticas políticas son manifestaciones culturales y dependen de la forma en que los partidos políticos conciben su relación con los ciudadanos.

En su análisis, René Valdivieso describe el antecedente histórico de la entidad en su vida política, donde se nota de inmediato la característica altamente priista del estado de Puebla hasta 1983, año en que la oposición comienza a obtener significativos avances, siendo el PAN el más cercano competidor del PRI.

Al analizar las elecciones locales y federales que se celebran de 1991 a 1998, Valdivieso observa que el PRI presenta una tendencia a la baja mientras que el PAN y el PRD van a la alta. La distribución de la votación para los diferentes partidos en los

diferentes municipios no presenta una clara regionalización del voto ya que se encuentra repartido por toda la entidad. Si se recurre a los aspectos culturales y/o religiosos, se encuentra lo mismo: por ejemplo, en lo referente a cultura, el mosaico es muy diverso y no puede haber generalizaciones.

Al analizar el aumento o disminución del nivel de votación por partido, Valdivieso no encuentra una característica claramente definida que agrupe a los municipios en aquellos que tuvieron una alta votación para el PRI y aquellos que vieron disminuida su votación.

Los municipios con mayor marginación y retraso económico muestran tanto competencia electoral como su ausencia; de igual manera, el florecimiento de las sectas religiosas en el estado no establece ninguna relación significativa con el comportamiento electoral.

En la investigación de María Eugenia Valdés, se hace notar que, a partir de la década de 1990, Chiapas ha sufrido enormes cambios en lo que se refiere a los procesos electorales; de ahí que sea importante plantearse qué elementos son los que contribuyen a la decadencia del PRI y, en contraparte, al fortalecimiento de la oposición.

Para iniciar el estudio, se define *región* como "porciones del territorio nacional a las cuales fuera posible señalar un mismo problema o conjunto de problemas semejantes" (p. 239). En ellas, la sociedad influye con su acción para crear nuevas regiones. Por ello, para el gobierno es importante regionalizar un estado, tanto para aprovechar mejor los recursos como para asignarlos; sin embargo, para los académicos la delimitación de una región puede ser convencional, dependiendo de los elementos que se deban o quieran analizarse, para que sea posible ordenar y, en algunos casos, establecer relaciones entre diversos aspectos de la sociedad. Para el análisis político electoral, la región es definida como "un espacio geográfico determinado, dentro del cual tiene lugar un complejo de relaciones ecológicas, sociales, económicas, políticas y culturales" (p. 240).

Para analizar los elementos que influyeron en el comportamiento electoral, la autora realizó una correlación estadística entre los porcentajes de votación de los principales partidos (PAN, PRI, PRD) y aquellos indicadores que se suponían significativos en toda la entidad como: porcentaje de población indígena, porcentaje de población católica, y los índices de marginación ponderados de acuerdo con el tamaño poblacional de los municipios que componen cada una de las regiones. Al analizar dichas correlaciones se encontró que tales indicadores no tienen el mismo peso para las diferentes regiones, arrojando resultados muy diversos.

Valdés concluye que los indicadores socioeconómicos nos ayudan a explicar en parte el comportamiento electoral de la población, pero al mismo tiempo son insuficientes.

En el estudio del estado de Nayarit, Lourdes Pacheco señala que la cultura política de los ciudadanos tiene una expresión espacial en las diversas regiones de la entidad y que la participación cívica se encuentra influida por el nivel de vida y la desigualdad regional, es decir, parece haber una relación entre nivel de vida y escasa pluralización de la participación cívica, por lo que es preciso identificar cuáles son los factores de la desigualdad regional y el nivel de vida que influyen en la cultura política.

En Nayarit, a partir de la aplicación de indicadores cuantitativos y cualitativos, como el ingreso de las personas y la calidad de las viviendas, se establecen diversos grados de marginación. Para el estudio de la geografía política del estado se toma en cuenta la distribución de los votos y la relación que se da con factores socioeconómicos, históricos y culturales, para determinar o establecer hipótesis sobre la preeminencia de un partido en determinada región.

El trabajo aborda los procesos electorales de la década de 1990 en el ámbito municipal e intenta explicar las tendencias de los votos en varios procesos electorales con características más o menos semejantes y las actividades principales desarrolladas en los diversos municipios: actividades económicas o tipo de cultura laboral.

Sin lugar a dudas, en las cuestiones electorales el panorama es diferente, ya que la afluencia de votos depende del tipo de elección (local o federal), así como de los niveles de bienestar de la población; por ejemplo, los municipios con *pluralismo definitivo* son aquellos que tienen gran nivel de votación y gran concentración de población. Los municipios que se encuentran con *pluralización en proceso de consolidación* son aquellos que tienen un mayor índice de ruralización y su población es mayoritariamente indígena. En la categoría de *pluralización del voto en construcción* están los municipios con alto grado de ruralización y composición étnica.

Aunque no es posible vincular directamente las características socioeconómicas con el comportamiento electoral, se pueden establecer algunas relaciones: la pluralización del voto en las zonas de mayor urbanización, mejor comunicadas e informadas; arraigo de la pluralización del voto hacia la izquierda en zonas donde las actividades económicas son de exportación, lo que implica la creación de relaciones sociales y económicas; tendencia al voto tradicional (PRI) y conservador (PAN) en zonas de actividades tradicionales con fuerte predominio de la Iglesia; un voto tradicional (PRI) en zonas rurales y con poca comunicación e información; cambio en la dirección del voto en una zona debido a las características de coyuntura; cambio en la dirección del voto debido a las características de los candidatos.

En "Guanajuato: Participación y competencia en la geografía de la marginación", Luis Miguel Rionda afirma que la distribución de los indicadores de pobreza y marginación social a lo largo de un territorio puede tener cierta incidencia en torno al comportamiento político-electoral de la población.

Algunos indicadores de bienestar social —ingreso en los hogares, nivel educativo, ocupación, servicios— pueden ser relacionados con los resultados electorales. Utilizando el indicador de marginación manejado por Conapo, a escala municipal es fácil detectar la concentración geográfica de la pobreza y marginación. Se manejan datos que muestran la situación en la que viven y se desarrollan los indígenas, su forma de vida y cómo se hacen de recursos económicos, cómo incide el que sus hijos no asistan a la escuela, etcétera.

Rionda toma en cuenta otros datos como el de la violencia social —según el autor uno de los mejores indicadores de la marginación— y hace una estratificación de los municipios de acuerdo con su nivel de violencia. De igual manera, es importante tomar en cuenta este indicador, ya que nos muestra la forma en cómo incide dentro de la sociedad y el problema que representa para el estado. Otro

indicador de la pobreza es el de la migración, la cual la hacen sobre todo los campesinos.

Éstos, que son algunos de los indicadores de la pobreza, ayudan al investigador a decir que la competitividad política se da sobre todo en las localidades más urbanizadas y con menor frecuencia en las rurales, que muestran una competitividad política eventual, dependiendo de los candidatos.

De acuerdo con la investigación realizada, al cruzar los datos de las regiones socioeconómicas con los resultados electorales, la calidad de vida de los municipios influye en la competitividad electoral que se ha dado sobre todo en los municipios del corredor industrial abajeño y en menor medida en los municipios poco desarrollados del norte árido, como Dolores Hidalgo, Allende y Tierra Blanca. Por su lado, los municipios más deprimidos y con menor calidad de vida muestran poca competitividad electoral, lo cual es más notorio en las elecciones de 1991. En cambio, los municipios más desarrollados y con un mayor nivel de vida han mostrado un alto grado de competitividad, donde el PRI se acercó mucho a una derrota electoral.

Sin embargo, resulta difícil relacionar el comportamiento electoral con determinantes económicos, sociales y regionales, ya que los índices de competitividad, preferencia partidaria y participación han mostrado tendencias cambiantes.

De manera general, podemos decir que los trabajos no pueden dar una explicación total del fenómeno del comportamiento electoral a partir de las condiciones socioeconómicas en una determinada región, pero sí ayudan a tener en cuenta una tendencia de su votación a partir del grado de desarrollo de cada localidad, y a ver que, si el desarrollo sigue siendo positivo, los niveles de competitividad electoral se van acrecentando, al mismo tiempo que el abstencionismo se va reduciendo.

Otra de las conclusiones que se puede sacar del texto es que la votación en los municipios rurales muestra una competencia entre PRI y PRD, y que el PAN a veces ve disputada su votación en los municipios con mayor calidad de vida por parte del PRI, lo que nos muestra que, aunque el PRI haya perdido la gran hegemonía a nivel federal y estatal, es —hoy más que nunca— interesante ver cómo se comporta a nivel municipal.

GUNTHER DIETZ, *La comunidad purhépecha es nuestra fuerza: etnicidad, cultura y región en un movimiento indígena en México*, Quito-Ecuador, Abya-Yala, 1999, 488 pp.

ÁGUEDA GÓMEZ SUÁREZ\*

Puesto que nuestras sociedades están sufriendo una transformación estructural, es razonable apuntar que se asiste al surgimiento de nuevos actores y procesos políticos que requieren de la atención de los científicos sociales. Este libro realiza magistral-

\* Universidad de Vigo, España.

mente esta labor al concentrar su interés en la órbita de las expresiones políticas de los pueblos indígenas latinoamericanos a través de un “estudio de caso”, el del pueblo purhépecha mexicano, ubicado en el estado de Michoacán.

El libro se desliza desde un inicio penetrante, teóricamente refinado, hacia un final saturado de claves interpretativas sobre la culminación de la construcción del nuevo actor colectivo contrahegemónico: la Nación Purhépecha, de su naciente “praxis política” y de su moderno discurso en torno a la *ireti pórhéecha* o “comunidad purhé”, hallando en los capítulos centrales una descripción impecable del tejido sociopolítico michoacano.

El autor va a desarrollar su investigación utilizando un complejo prisma analítico: a ratos, a través de lúcidas reflexiones teóricas; a ratos, ejerciendo cabalmente como etnógrafo; a ratos, mediante el trabajo historiográfico; y a ratos, observando la germinación del proceso político purhépecha en sus aspectos contextuales, estratégicos y discursivos.

Con un estilo espiral inicia la obra, donde Dietz profundiza en el significado de los conceptos de “identidad”, “etnicidad”, “comunidad”, “espacio regional”, “acción colectiva” y “cultura”, y como un forense, los abre en canal. Para ello recurre a una cuidadosa y acertada selección bibliográfica, desde un acentuado sesgo antropológico que a veces le impide visualizar otras perspectivas multidisciplinares colaterales.

Las páginas centrales ofrecen al lector un material profuso sobre los antecedentes de este movimiento sociopolítico, al describir la telaraña reticular del complejo espectro de organizaciones-vivero, en un trabajo de análisis político minucioso. Actores sociales como la familia, las redes cardenistas agrarias, magisteriales e indigenistas, las autoridades tradicionales, los académicos y etnolingüistas, los ecologistas, los maestros bilingües, los emigrantes retornados y las redes productivas, dejan de ser el principal punto de referencia para dar paso a otras dimensiones que propician la aparición de una *intelligensia* política purhé renovada, que corrige sus trayectoria indigenista y propone un nuevo tipo de opciones políticas.

En el texto, el “estilo narrativo” del nuevo discurso político purhépecha es caracterizado por su énfasis en la etnicidad como eje central y en la retórica de la diferencia, manejada con ciertos componentes mitológicos y románticos de gran versatilidad que permiten la construcción de una simbología política identitaria y de una nueva *Weltanschauung* indianista, plagada de reivindicaciones político-culturales (derechos de autodeterminación, soberanía comunal, educación bilingüe y pluricultural, derecho consuetudinario, etc.) que marginan las clásicas exigencias económicas. El autor concluye que el patrón de sus “estrategias de movilización” oscila entre el tecno-gestionismo moderado, el asamblearismo comunal periódico, la movilización masiva, la exclusión de liderazgos y jerarquías y la estructura en red.

Finalmente, el autor propone a modo de “Estructura de Oportunidad Política” (EOP) una matriz contextual explicativa que adolece ligeramente de cierta sistematización y amplitud. En ella, combina los factores locales a los que se les proporciona quizás un excesivo protagonismo, con factores nacionales como la reforma del artículo 27 constitucional, el escenario electoral postsalinista, la irrupción sorpresiva del movimiento zapatista, la “concertación perredista” y la cultura política de

desactivación por cooptación; y por último, con el “factor internacional” que incluye la oposición a la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América y el papel de los organismos internacionales que generan un marco legal protector de los derechos indígenas.

Con esta investigación, Gunther Dietz indaga en la vida real-material e imaginada-inventada de un pueblo que parecía condenado a diluirse en la trama de la modernidad y en el espacio globalizado homogéneo, bordeando con su afinado estudio, salpicado a veces de pinceladas irónicas, las aristas del imparable proceso hacia una democracia multicultural y pluriétnica.

Y ahora, cuando el posmodernismo ha impuesto la temática del riesgo y la complejidad, esta obra se ha introducido por la puerta grande, imponiendo sus percepciones sobre la hipertrofia de la globalización uniformemente reificada, la tragedia de la cultura objetiva y la ambivalencia del destino de un pueblo indígena en los albores del nuevo milenio, que reacciona asumiendo pautas discursivas y tácticas semejantes a las de otros movimientos indígenas contemporáneos de “última generación”.

FERNANDO REIMERS (ed.), *Distintas escuelas, diferentes oportunidades: los retos para la igualdad de oportunidades en Latinoamérica*, Madrid, La Muralla, 2002, 652 pp.

JAMES J. HARRINGTON\*

Además de ser una obra provocadora e inmensamente útil, *Distintas escuelas, diferentes oportunidades* es también un manual de prácticas de participación para fomentar el desarrollo social y económico tanto en los países en vías de desarrollo como en las naciones aparentemente desarrolladas. Es un volumen que puede utilizarse a nivel licenciatura para los cursos de historia, gobierno o economía de América Latina, y una obra que podría ser definitiva para los cursos de educación de nivel posgrado.

Durante los últimos veinte años, los temas relativos a la equidad y el desarrollo han predominado en el debate sobre la educación en América Latina. Diversas organizaciones, como el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, la UNESCO y muchas ONG han examinado formas para hacer que los países subdesarrollados y menos desarrollados se inserten en la economía mundial. Sin embargo, luego de muchos años y muchas palabras, seguimos buscando respuestas.

En *Distintas escuelas, diferentes oportunidades*, Fernando Reimers añade otro proyecto a su agenda de soluciones de participación para los problemas del tercer mundo, a saber, la cuestión de la equidad e igualdad de oportunidades que la educación puede brindar al desarrollo social y económico. Reimers presenta tanto una visión muy original como una continuación de las importantes agendas de investiga-

\* Boston College Graduate School of Education, Chestnut Hill, Massachusetts.

ción que iniciaron Noel McGin y otros a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, en la Graduate School for Education de la Universidad de Harvard. En muchas ocasiones, el trabajo de estos autores ha causado frustración, debido al fracaso de la política para vincularse y seguir el rastro de investigación que trazaron los estudios realizados en muchos países del mundo (América Latina, Pakistán y Egipto, entre otros). El enorme éxito que se obtuvo en el periodo posterior a la guerra en El Salvador se debe a la evaluación del sistema educativo que llevó a cabo Reimers en colaboración con el Ministerio de Educación y la USAID. Un trabajo anterior produjo resultados similares en la investigación para desarrollar la política educativa en Egipto. Así, este libro brinda muchas respuestas, pero también abre muchas vías para futura investigación.

La compilación incluye una selección cuidadosa y cualitativa de investigaciones realizadas a lo largo del continente americano. Asimismo, los cuadros, gráficas y figuras son valiosas como descripciones cuantitativas de lugares y tópicos a las que los estudiantes e investigadores no suelen tener acceso. En América Latina, por ejemplo, las cifras sobre empleo generalmente están disponibles, pero no siempre describen con precisión lo que pretenden referir. Aquí, esos datos estándar se conectan con mediciones sobre desigualdad y otras cifras sociales, económicas y académicas. Las pruebas, mediciones y descriptores analíticos internacionales de gasto, así como los indicadores comparativos sociales explican y enriquecen esta obra, que resulta sumamente informativa para estudiantes y académicos por igual. A esto se añade la inclusión de fotografías —a menudo conmovedoras— de estudiantes y locaciones, que acentúan el mensaje del texto.

El propio Reimes describe las premisas teóricas y las limitaciones que enfrentaron los autores. Se disculpa por haberse involucrado de una manera tan personal en una compilación, pues es autor de tres de los capítulos introductorios y de la conclusión. No obstante, habría sido difícil para él mantenerse al margen de un trabajo que constituye la culminación más reciente de veinte años de investigación. Sus capítulos explican los marcos teórico y práctico del trabajo, estableciendo la topografía intelectual y social. Como resultado de esto, pese a ser una compilación, el volumen expresa un objetivo y un mensaje muy precisos y coherentes: en América Latina existen profundas desigualdades en las oportunidades de educación y logros académicos entre los niños de distintos medios sociales. También se tiene la convicción de que estos problemas pueden resolverse mediante la investigación y las políticas. Reimers destaca que el examen de las oportunidades que se ofrecen a los pobres puede coadyuvar a la función de las políticas que buscan ampliar tanto dichas oportunidades como esos temas de las políticas.

En dos capítulos bien escritos e interesantes, el autor explica cómo y por qué las oportunidades educativas son determinantes en este continente. Reimers conoce la interconexión entre educación, pobreza y desigualdad en el continente americano, y define estos elementos en su paradójica relación: “Frente a los niveles crecientes de oportunidades de educación y logros académicos (...) [existen] niveles crecientes de desigualdad y de una muy severa y persistente pobreza” (p. 5). Esta paradoja enuncia el saber resultante de la investigación, es decir, que el desarrollo requiere de

una población educada —al menos su mano de obra—, pero la realidad es que la mayoría de estas sociedades preservan una estructura que excluye a muchas personas del sistema educativo.

*Distintas escuelas, diferentes oportunidades* describe un conflicto básico entre el éxito académico y el fracaso, que a menudo es producto del contexto social y económico del estudiante. La investigación muestra que la pobreza genera menos oportunidades en Argentina, Chile, Colombia, México, Perú y Estados Unidos. Estos países congregan 474 millones de personas y 61% de la población del continente americano. Como corresponde a una filosofía participativa, Reimers incluye muchas perspectivas sobre cada país o región, en las que se mezclan enfoques tanto locales como ajenos al área y los tópicos. Reimers es reconocido como un líder de la educación internacional. También se ha hecho experto en la teoría que subyace en la premisa participativa de este volumen (y a gran parte de sus trabajos recientes, en particular, *Informed Dialogue*, en coautoría con Noel McGinn [1997]).

Aunque no representan la realidad, sobre todo en lo que se refiere a describir lo que ocurre a los niños pobres en la escuela, las políticas con frecuencia han contribuido a mejorar las condiciones de dichos niños y las escuelas a las que asisten. Los autores de *Distintas escuelas, diferentes oportunidades* refieren una y otra vez la venturosa capacidad de las políticas para alcanzar resultados positivos. Algo en lo que coinciden todos los autores es en el deseo de incrementar el número de éxitos y avanzar hacia la esfera de la equidad. Su sugerencia es que “examinemos las oportunidades de aprender que tienen los hijos de los pobres y la forma en que las políticas educativas pueden multiplicar esas opciones” (p. 7).

Desde un inicio, los autores proponen una intimidante tarea: “presentar un balance actual de las oportunidades educativas que se ofrecen a los grupos de bajos ingresos en el continente americano. El objetivo es mostrar diversos marcos para conceptualizar la dinámica de la desigualdad social en el nivel micro, y examinar, con base en la evidencia empírica, los efectos a corto y largo plazo de las iniciativas políticas tendientes a aumentar las opciones educativas de los hijos de los pobres” (p. 9).

La sección inicial del libro comprende los capítulos de Charles Willie y Donald Winkler, además de los de Reimers. Ambos académicos son veteranos en el debate de la equidad. Willie describe conceptos fundacionales de la equidad educativa, con base en un estudio cuantitativo realizado en Carolina del Norte (Estados Unidos). La insistencia de Willie en que para elevar el nivel deben elevarse los botes —no el agua— se basa en su observación de que muchos han sido ahogados por la marea crecida del enfoque tradicional. Willie considera que si se mejora la suerte de quienes están abajo, ello servirá para empujar a los de arriba a nuevos niveles. Por su parte, Winkler, quien durante muchos años ha estudiado los temas de América Latina y la educación, examina los marcos de referencia para clasificar los distintos enfoques tendientes a mejorar la educación de los niños y escuelas de bajos ingresos. Junto con Reimers, Willie y Winkler definen el paisaje teórico. Plantean preguntas fundamentales que a menudo son ignoradas. Entre éstas se encuentra el tema de la eliminación de la segregación racial. En respuesta al capítulo uno, Carlos Muñoz Izquierdo pregunta: ¿cómo vamos a abolir la segregación en la educación en una so-

ciudad que sigue siendo económica y socialmente separatista y desigual? Como es claro, la raza y la clase económica extienden su impacto por todo el mundo.

El hecho de haber elegido a Argentina como la primera localidad se debió a la posición de este país entre los primeros que se comprometieron a brindar una educación universal. Las evidencias halladas en Argentina reiteran la paradoja inherente al tema del libro. La prevalencia del problema en este país da cuenta de su fuerza, pues el problema sigue existiendo pese al compromiso del Estado por solucionarlo. No obstante, también muestra la posibilidad de incrementar las oportunidades por medio de las políticas. Argentina también ha conocido éxitos, no sólo la persistencia de los problemas.

Los dos capítulos sobre Chile señalan la posibilidad de vincular los objetivos educativos con las políticas públicas. En una nación que posee un orgulloso historial en materia de educación, García Huidabro y los *Scheifelbeins* analizan las políticas de los años noventa, sus propósitos, declaraciones y evidencias. El único capítulo sobre Colombia describe una premisa similar, que relaciona el éxito de las políticas con los objetivos en materia de educación. Sin embargo, también en estos casos las evidencias revelan la persistencia de los problemas de equidad, lo que ilustra lo dicho antes por Reimers en cuanto a que “con políticas tendientes a atacar la desigualdad, siendo mayoritariamente redistributivas, podría hacerse de la educación una fuerza niveladora de las oportunidades sociales” (p. 56). Cuatro capítulos sobre México constituyen el grueso de la segunda mitad del libro. Aunque no es éste mi principal tema de interés, es evidente que México ocupa un lugar preponderante como ejemplo del éxito que tienen las políticas cuando hacen caso de la investigación. Sylvia Schmelkes examina con detalle la divergencia existente entre estadísticas cada día mejores y una desigualdad creciente. Los capítulos que tratan sobre el caso mexicano analizan la diversidad de su población, así como los temas relativos a las políticas y a la equidad para los pobres. Éstos incluyen el estudio de los logros reales en la creación de una línea base (de investigación), cuyas evidencias se refieren a los pobres rurales y los indígenas *vs.* la población “blanca”, y una evaluación del plan a cinco años en el estado más pobre. Algunos datos revelan los ingresos, estatus y oportunidades que tienen los distintos tipos de familias por grupo poblacional. Otros datos evidencian la desigualdad y marginalización de ciertos grupos. Pese a ello, los resultados de las políticas indican un optimismo constante.

El caso de Perú se utiliza para estudiar el papel que desempeña el financiamiento en educación para fomentar la desigualdad educativa. La evidencia es aterradora. Sin embargo, aquí también hay ejemplos de éxito, dentro de los límites muy estrechos del gasto oficial, que mantienen vivo un sentimiento de esperanza. A lo largo del libro, los hilos que tejen la trama de la historia son los constantes problemas que enfrentan los niños que carecen de oportunidades debido a la insuficiencia de financiamiento, la deficiencia de las instalaciones, la pobreza de los hogares y la falta de materiales escolares. No obstante, entreteljidos con estos hechos, encontramos relatos de éxito y esperanza.

Uno de los elementos más fascinantes de este volumen es la inclusión de Estados Unidos. En un capítulo completo, Gary Orfield observa aquellas zonas del país

en donde la pobreza, persistente e incluso institucionalizada, refleja el impacto de la pobreza y la falta de equidad en el tercer mundo. Orfield cuestiona el hecho de que se presente a Estados Unidos como modelo del mundo cuando tanta desigualdad impera aún en su sistema. El autor presenta evidencias cuantitativas de mediados del siglo xx sobre la persistencia de la desigualdad y el fracaso en aliviar dichas condiciones en una economía que no tiene excusa alguna para ello. Ateniéndose al tema del libro, Orfield destaca el fracaso de producir equidad en un contexto social, económico y político en el que existen las escuelas desiguales: en donde las calificaciones obtenidas en los exámenes representan ventajas sociales y económicas, no educación, y en donde el mercado no ofrece protección alguna a quienes carecen de conocimientos.

*Distintas escuelas, diferentes oportunidades* cumple su propósito. Presenta las evidencias para definir su contexto. También examina y describe las políticas que tienen éxito. Lo que resulta más claro es que los problemas siempre han avasallado al esfuerzo por resolverlos, y, en todos los casos, han sido los pobres quienes han sufrido las consecuencias. La desigualdad ha despojado a los pobres, pero también ha despojado a la nación de sus talentos. La conclusión medular que ofrece este libro es que la necesidad de resolver los problemas de la pobreza coexiste con los problemas del personal, las instalaciones y la curricula que caracteriza a las escuelas pobres. La desigualdad es un problema social y económico que se convierte en problema de educación. Las escuelas existen en un contexto específico y son afectadas —a menudo, determinadas— por sus condiciones.

*Distintas escuelas, diferentes oportunidades* ofrece datos y sugerencias para aplicar un enfoque holístico que permita hacer de la educación una herramienta útil para el desarrollo social y económico. No se limita al mundo en vías de desarrollo o a América Latina, aunque son éstos sus temas focales. *Distintas escuelas, diferentes oportunidades* tendría que llegar a ser un clásico.

Traducción del inglés por Lorena Murillo  
*El Colegio de México*

## Referencias

- McGinn, Noel y Fernando Reimers (1997), *Informed Dialogue: Using Research to Shape Policy Around the World*, Westport (Connecticut), Praeger.
- Reimers, Fernando (ed.) (1995), *La educación en El Salvador de cara al siglo xxi*, San Salvador, UCA Editores.